

José María Conget

VIENTO DE CINE

EL CINE EN LA POESÍA ESPAÑOLA
DE EXPRESIÓN CASTELLANA.
UNA SELECCIÓN



Hiperión

ÍNDICE GENERAL

	Página
Introducción (A manera de NO-DO)	9
Programa	19
Primera parte	23
Descanso	201
Segunda parte	205
Fin	377
Notas	383

INTRODUCCIÓN

(A manera de NO-DO)

LA CONVERSACIÓN debió de tener lugar durante los primeros años ochenta, en Madrid, probablemente en la trastienda de la librería Hiperión a poco de que abriera sus puertas por primera vez. Tampoco puedo precisar los meandros de un diálogo que desembocó en mi defensa del cine como importante fuente de inspiración de una parte de la poesía contemporánea. Creo que Jesús Munárriz, que por aquel entonces tenía la osadía de publicar mis novelas, se mostró escéptico y yo pretendí abrumarle con citas de novísimos y adláteres —la mayoría editados por él— que me fueron retro trayendo hasta la veterana cinefilia del 27; terminé mi discurso declamando el final del poema de Pedro Salinas "Far West": "Sí, le veo sin sentirle./ Está allí en el mundo suyo,/ viento de cine, ese viento". Jesús no sólo acabó por resignarse a mi obstinación sino que, apoyándose en la larga nómina de autores que yo esgrimía, me sugirió que preparase un libro que seleccionara poemas españoles surgidos, de una u otra forma, de la experiencia cinematográfica. "El título lo has mencionado hace un momento —me dijo—, *Viento de cine*, ahí lo tienes". Han pasado cerca de veinte años a lo largo de los cuales la idea regresaba a mí, como un remordimiento o una deuda pendiente, cada vez que me encontraba con unos versos de homenaje a Buñuel o que buceaban en el recuerdo de las dominicales sesiones dobles en cines de barrio. Me pareció entonces que yo no tenía tiempo para eso y sin duda era verdad. No sé si ahora dispongo de más ocio —me temo que no—

pero por algún motivo esta vez no me han faltado las ganas de emprender la tarea doble de escarbar en la memoria, a la búsqueda de los poemas que nunca tuve la previsión de apuntar, y de tratar luego de localizarlos en las bibliotecas.

Entre tanto dejamos de ser los únicos a los que se les había ocurrido semejante proyecto y el descubrirlo puesto en práctica, si bien en otro ámbito lingüístico o, ya más próximo, limitado a la lírica mexicana, no ha sido pequeño acicate para decidirme a componer este volumen. En efecto, el crítico británico Philip French y el investigador norteamericano Ken Wlaschin aunaron erudición y esfuerzos para editar en 1993 *The Faber Book of Movie Verse* que acogía nada menos que 336 poemas de habla inglesa relacionados estrechamente con algún aspecto del cine: su historia, técnica, salas, géneros, títulos, productores, estrellas y directores. La ambiciosa antología está organizada temáticamente y en ella se dan cita desde vates ignorados hasta muchos de los grandes nombres de la poesía angloamericana de este siglo, como Kipling o Seamus Heaney, e. e. cummings o John Ashbery. Debo confesar que me impresionó el libro de la Faber y me produjo cierta envidia (blanca) amén de la inevitable comparación mental con mi postergada selección española. Algo después, en el 97, Ángel Miquel editó *Los poetas van al cine* para Ediciones sin Nombre en México, una antología de 70 poemas de autores mexicanos o, supongo que por ampliar el espectro, que hubieran residido en México. También Miquel optó por la estructura temática de acuerdo a los siguientes grupos: la experiencia de ir al cine, la celebración de las estrellas, el comentario de una o varias películas, y reflexiones a partir de la experiencia cinematográfica (el cine como metáfora de la vida, por ejemplo).¹

¹Mientras corrijo las segundas pruebas de este libro, recibo desde la biblioteca del Instituto Cervantes de Nueva York la información de que

El lector comprobará que las musas peninsulares castellanas —para no abarcar demasiado no me he aventurado por las otras lenguas del estado español— han dictado estrofas que pueden integrarse asimismo en esos apartados aunque no siempre sin mezcla de otras intenciones. Los españoles, que no son inmunes, ni mucho menos, a la fascinación por los diversos mitos del cine, se inclinan además por componer poemas que de alguna forma “reproducen” técnicas estrictamente fílmicas. Un número reciente de la revista asturiana *Solaria* dedicaba su contenido íntegro a las relaciones entre cine y poesía y publicaba poemas bajo títulos como Primer plano, Travelling, Montaje, Fuera de campo, Flash-back, etc.² Jorge Urrutia encuentra formas cinemáticas incluso en Fray Luis de León, Patricio de la Escosura o un Espronceda apócrifo³. A mí no me cabe duda de la influencia que ha ejercido el cine en poetas que nunca lo mencionan ni de que exista poesía cinética anterior al invento de los Lumière, pero *Viento de cine* se ha limitado a recoger poemas que expresa o tácitamente tienen al séptimo arte como referencia esencial (no obstante, y por su carácter de documento, no les he hecho ascos a los escritos durante los primeros treinta años del siglo aunque la cita cinematográfica sea poco menos que circunstancial, como el incluido de Villaespesa). Después de muchas cavilaciones he prescindido de notables composiciones contemporáneas en las que aparece el cine pero al margen del núcleo significativo del poema, y citaré tres casos a título de muestra: “El pueblo” de Javier Salvago, donde el cine es una

los peruanos se adelantaron también a *Viento de cine*. La editorial Colmillo Blanco publicó en Lima, en 1995, *Un año con trece lunas. El cine visto por poetas peruanos*. Fue responsable de la selección Óscar Limache. Se trata de una original antología temática en la que cada sección lleva un título de película: *Horizontes de grandeza, Amarcord, La historia oficial, The kid...*

² *Solaria*. Segunda época, número 10. Oviedo, 1999.

³ Jorge Urrutia. *Imago Litterae. Cine. Literatura*. Ediciones Alfar. Sevilla, 1984.

de muestra: "El pueblo" de Javier Salvago, donde el cine es una experiencia más de la infancia; "Las flores del mes" de Ramón Irigoyen que, aun estando dedicado a Buñuel y terminar con una frase de la película *Viridiana*, centra sus versos, tan confesionales, en una experiencia amorosa y vital del poeta sin relación evidente con el director de Calanda; o "Prueba de artista" de Carlos Barral, que lleva el epígrafe "comme dans ces films italiens où les personnages marchent interminablement", y aunque puede interpretarse forzosamente como un largo travelling leído, carece de connotaciones reales cinematográficas. Sin embargo, se incluyen un par de poemas de la "Serie negra" de Luis Alberto de Cuenca que, sin aludir a película alguna concreta, mimetizan la atmósfera y las anécdotas del género negro hollywoodense. De todos modos el recopilador acepta la posibilidad de haberse equivocado y se ampara en la coartada de que las aspiraciones de este libro son lúdicas y no científicas.

Se observará que, a pesar de los muchos méritos —vaya por descontado el innegable de haberse adelantado— de los anglos y el mexicano, he decidido no seguirles en la estructura del volumen, y en *Viento de cine* los poemas se le ofrecen al lector en orden cronológico⁴. Pensaba yo, y Jesús Munárriz se mostró de acuerdo, que el contexto histórico y cultural de cada poema es imprescindible para captar sus resonancias cinematográficas y, por tanto, la perspectiva diacrónica permite una visión más coherente de cómo la poesía se ha hecho eco del cine a lo largo de los años. Así se podrá apreciar la abundancia de versos fílmicos durante el periodo de las vanguardias y la escasez, lindando con la miseria, en la

⁴La cronología se ha establecido teniendo en cuenta los poemas fechados y, cuando no lo están, la fecha de edición del libro en que aparecieron; cuando el texto va incluido en un conjunto que abarca dos fechas (por ejemplo: 1969-1975), he considerado la segunda a la hora de integrarlo en el conjunto. Dentro del mismo año, los autores se ordenan alfabéticamente.

etapa que abarca desde la Guerra Civil hasta 1960. Quien fuera principal editor del grupo poético de los 50, Carlos Barral, que personalmente detestaba el cine (con pintoresca arbitrariedad atribuía a su condición de cinéfilos el que, según él, Manuel Puig y Cabrera Infante escribieran cada vez peor), publicó en 1970 la antología *Nueve novísimos*, de José María Castellet, que se convirtió de inmediato en emblema de una sensibilidad poética que en el cine volvía a encontrar un manantial inagotable de estímulos culturales y sentimentales. Desde entonces el cine ya no ha desaparecido de la poesía española y, aunque hay poetas importantes que no se han acercado (literariamente) a las pantallas, se encuentran otros que han dedicado libros enteros o extensas secciones de sus poemarios a las vivencias en las salas oscuras. Pienso en autores como Manuel Pacheco, Luis Izquierdo, Álvaro Benítez o Sánchez Chamorro. ¿Sería explicable la obra de José María Álvarez sin su *amour fou* por el cine? El marco temporal es 1900-1999 (el año que, como traca final, acoge más textos, junto a 1928), pero hay unas pocas composiciones que se escapan de la estricta cronología: un “Programa” como apertura, un “Descanso” a mitad del volumen, y tres finales, uno de ellos “feliz”, de cierre.

¿Cuál ha sido el criterio de selección? En principio figuran todos los poemas que pudieran considerarse pioneros en sus referencias cinematográficas, desde los canónicos, por tan conocidos, de Alberti, Guillén o Salinas, hasta otros de alusión más esquinada (quien conozca el espléndido ensayo de Román Gubern *Proyector de luna* sabe que hay allí un índice casi completo de los coqueteos de las vanguardias poéticas con el cine). No creo que los dos sonetos de Félix Ros rayen a gran altura —y qué decir del “Travelling de las carabelas” de Diego— pero la cosecha fílmica en la lírica de los 40 es tan pobre que al menos esas rimas poseen la virtud de la excepcionalidad. Cuando la abundancia de poemas referidos al